

## ACTIVIDADES ACADEMICAS

**Palabras del doctor Bernado Sepúlveda Expresidente de la  
Academia Nacional de Medicina, en la sesión solemne de  
recepción de los nuevos Académicos, celebrada el día 16  
de junio de 1965.**

Señor Presidente de la Academia,  
Señores Invitados de Honor,  
Señores Académicos,  
Señoras y Señores:

Cumplo con la mayor satisfacción el honroso encargo que me ha conferido nuestro Presidente, al dirigirme a ustedes en esta sesión solemne, que celebra la Academia para recibir dignamente a sus nuevos socios. Considero este encargo una señalada distinción y agradezco cumplidamente al Dr. Jiménez, el haberme confiado la representación de la Academia en un acto de tal significación como el presente.

Creo que esta fecha en que vemos ingresar en nuestra Corporación un conjunto a la vez numeroso y distinguido de nuevos miembros, es ocasión propicia para hacer una breve reseña de la vida de la Institución a lo largo de su existencia; es también ocasión propicia para examinar sucintamente su situación actual; y, por último, para opinar acerca de sus posibilidades futuras. De esta manera, quisiera presentar ante ustedes un punto de vista sobre el pasado, el presente y el porvenir de la Academia. Seguramente resultará una perspectiva parcial e incompleta; y si me atrevo a abordar el tema, lo hago sobre todo con la intención de estimular a otros más capaces para que sigan haciendo la crítica serena de la obra de la Institución y para que nos señalen, asimismo, los derroteros que deba tomar en lo futuro.

Hace ya cerca de siglo y medio, cuando apenas iniciaba México su vida como nación independiente, un grupo de hombres esclarecidos fundó la primera Academia de Medicina. Eran el Director y los profesores del Establecimiento de Ciencias Médicas, recién creado, antecesor inmediato de nuestra Facultad de Medicina. Estos varones ilustres, entre los que destacan Liceaga, Carpio, Escobedo

y Erazo, fueron los autores de la reforma a la enseñanza y al ejercicio de la medicina en México. Fabricaron con esfuerzo increíble la nueva Escuela de Medicina, sobre los escombros de la caduca Universidad; y, al mismo tiempo, tuvieron ánimos para constituir la primera Academia de Medicina, centro de reunión de este grupo avanzado y foro para la libre discusión de trabajos propios y extraños.

En aquella época atormentada de México, estas son dos hazañas admirables, que revelan además el ansia de liberación del coloniaje y el propósito de autoafirmación intelectual, presente ya en la naciente cultura. Con razón se ha dicho que este fue "un movimiento heroico, en que un grupo de pioneros logró enraizar, en suelo poco propicio, la medicina científica que florece hoy y de cuya savia hemos vivido".<sup>1</sup>

La primera Academia de Medicina, fue fundada quince años después de la consumación de la Independencia. Tuvo actividad fecunda, demostrando la pujanza con que había nacido. En apariencia, su vida fue corta; pero el mismo impulso creador puede seguirse, con breves interrupciones, a lo largo de esos trágicos años y a pesar de obstáculos que hubieran parecido insuperables a espíritus menos generosos. Y así logra subsistir, en medio de las vicisitudes, el noble empeño de los fundadores, hasta llegar a la consolidación definitiva, cuando renace la actual Academia, cuyo primer centenario acabamos de celebrar.

Como ejemplo vivo de esa continuidad en el impulso creador, figura el ilustre don Miguel Jiménez. Miembro de la primera Academia de Medicina (1836-1842), pertenece después a la Sociedad Filoiátrica (1844-1846), sucesora de la anterior; y al reconstituirse la Academia de Medicina en su segunda época (1851-1858), vuelve a tomar su puesto y llega a dirigir la Corporación. Unos cuantos años más tarde (1864), aparece como fundador de la Sección Médica de la Comisión Científica, que se transforma en Sociedad Médica de México, para convertirse después en la Academia Nacional de Medicina; en este nuevo período de la Institución, desempeña cuatro veces la presidencia.

Durante treinta y cinco años, que abarcan prácticamente toda su vida profesional, Jiménez se entregó con pasión a las labores académicas. Si se ha dicho con razón que fue el más distinguido clínico mexicano del siglo pasado, también puede afirmarse que fue el académico más eminente. Su extraordinaria calidad como hombre, como médico y como maestro, lo hacen acreedor a nuestra admiración y gratitud permanentes; y al hacer esta emocionada evocación a su memoria, en ocasión de recibir cordialmente al selecto grupo de nuevos académicos, quisiera poner la figura de don Miguel Jiménez como levantado ejemplo, al que debiéramos tratar de aproximarnos los miembros de nuestra Corporación.

La continuidad del generoso esfuerzo que dio nacimiento y sostén a la vida académica en México desde 1836 hasta la fecha, ha sido señalada con anterioridad;<sup>2, 3</sup> pero creo que debe insistirse sobre ella, a fin de asociar a los insignes fundadores de la Escuela de Medicina, con el origen mismo de nuestra Acade-

mia; y, además, con el propósito de enfatizar la raigambre auténticamente mexicana de esta Institución. Aun cuando quizá para muchos el punto carezca de importancia, creo que sería de justicia reconocer —y espero que algún día así se haga— que la Academia fue fundada en ese año de 1836, por el Director y los profesores del Establecimiento de Ciencias Médicas, a quienes se debe la reforma de la Medicina en México Independiente.

La Academia vivió las primeras etapas de su existencia, en medio de las violentas luchas que desgarraron al país hasta el último cuarto del siglo pasado, y que terminaron con el advenimiento del porfiriato; y sin embargo, pese a circunstancias tan adversas, creo que fue un período brillante de su historia. Fue el período de los precursores y de los innovadores, de los que hicieron la revolución de la medicina en nuestro país, al mismo tiempo que otros hacían la revolución de las ideas políticas y sociales. Fue la época de Pedro Escobedo, el padre de la cirugía mexicana; de Miguel Jiménez, el descubridor de nuevos métodos para la curación del absceso hepático; de Rafael Lucio, el autor de estudios originales sobre la lepra; y de Francisco Montes de Oca, el creador de nuevas técnicas quirúrgicas. Fue la etapa en que estos maestros y otros de menor relieve, lucharon por aprender y por enseñar; por abrir la puerta a nuevos conocimientos y por asentarlos en nuestro medio; y, asimismo, por contribuir al progreso científico con investigaciones propias, derivadas de su experiencia con la realidad circundante.

Viene después la era porfiriana; pero no obstante la prolongada paz y la protección oficial que disfrutó la Academia, parece como si cierto marasmo invadiera la Corporación. Es verdad que algunas figuras eminentes, como Lavista en la Cirugía, Licéaga en la Higiene, Toussaint en la Anatomía Patológica y Terrés en la Clínica Médica, destacaron por su talento y por su tesonera actividad; pero, en conjunto, la producción científica de esos treinta años resulta más bien modesta, frente a los formidables avances que al mismo tiempo realizaba la medicina europea.

Aparte de otras causas más sutiles, que no es del caso analizar aquí, influyó grandemente en esta especie de estancamiento la falta de elementos materiales para la enseñanza y el ejercicio prácticos de la Medicina. Los laboratorios eran escasos e insuficientes; y los hospitales, heredados de la Colonia, no estaban a la altura de la época. Hasta fines del porfiriato se puso en servicio el benemérito Hospital General; pero su influencia en el progreso médico, sólo pudo sentirse después de terminada la conmoción revolucionaria.

El relativo estancamiento de la Academia continuó, ahora sí con sobrada razón, durante el período revolucionario; pero ya se estaba gestando un cambio profundo en todos los órdenes de la vida nacional; y la Medicina también recibió los beneficios de esta renovación.

Tan pronto se restableció la paz, se inició una suerte de renacimiento de la

cultura, con un claro sentido de afirmación de nuestros valores; fue como si volviéramos a descubrirnos a nosotros mismos; como si fuéramos saliendo de aquella etapa de admiración un poco servil hacia lo extranjero, para entrar a otra de mayor fe en nuestras capacidades, de mayor confianza en lo mexicano; podría decirse, fue como si sacudiéramos nuevamente otro tipo de coloniaje, el cultural. Por eso, yo encuentro muchas analogías entre la reforma de la Medicina que se operó al consumarse la Independencia y la que ocurrió al terminar la Revolución. Ambas tuvieron un carácter eminentemente nacionalista; y ambas realizaron el progreso médico con hombres que tuvieron confianza en nuestros propios recursos y que supieron inculcar esas convicciones en sus discípulos.

Se inicia entonces, por los años veintes, este renacimiento en dos sitios principales: la Escuela de Medicina y el Hospital General. En la primera, se transforma la enseñanza con la implantación del llamado "pensamiento fisiológico", bajo la égida de Ocaranza; en el segundo, se renuevan la doctrina y la práctica de la Medicina, gracias al impulso genial de Chávez.

Esta nueva etapa de la medicina es la que estamos viviendo todavía; el impulso genial de hace cuarenta años, que aún persiste, puso en movimiento sucesivas generaciones de hombres animados por ese mismo espíritu de progreso; y como resultado también, la Academia, fiel reflejo de su tiempo, ha recibido en su seno los frutos de una abundante producción científica.

La etapa presente culmina hace un año, al cumplir la Corporación su primer siglo de actividad ininterrumpida; la celebración más prominente consistió en el Congreso del Centenario, uno de los acontecimientos científicos de mayor trascendencia que se han realizado en México. Se presentaron en ese evento 260 trabajos de índole muy diferente, pero todos ellos de alta calidad, cuya gran mayoría fueron elaborados por miembros de la Academia. A los cien años de vida, demostró su pujanza nuestra Sociedad, presentando una serie de contribuciones excelentes, que abarcaron los más diversos campos de la Medicina.

La Academia puede sentir legítimo orgullo de su labor; a lo largo de un período que se inicia desde los albores del México Independiente, ha venido trabajando con varia fortuna, pero siempre sin descanso, en beneficio de la cultura médica de nuestro país; sucesivas generaciones de los más distinguidos médicos mexicanos, le han dado su entusiasta colaboración; y no es aventurado afirmar que la medicina nacional no sería lo que ha llegado a ser, de no haber subsistido la Academia desde el año 1836.

Al llegar a este momento culminante en la existencia de nuestra Corporación, es oportuno reflexionar sobre sus proyecciones futuras. Creo que la Academia tiene sobrada madurez para hacer periódicamente su autocrítica; y creo que es una prueba de vitalidad no conformarse con lo realizado, por muy importante que sea, sino buscar nuevos horizontes a la actividad creadora. Con estas premisas, debe asegurarse que la Academia puede ampliar considerable-

mente en el futuro su radio de acción. La llegada de cuarenta y cinco nuevos académicos en la plenitud de sus capacidades, viene a incrementar poderosamente sus recursos humanos. Creo que todo este caudal de inteligencia, debidamente orientado, puede ser un factor cada vez más importante en el avance de la Medicina; y al decir esto, no me refiero sólo a la medicina clínica, que ha florecido hasta ahora en la Academia; ni tampoco al sistema de receptáculo de opiniones, de manera hasta cierto punto pasiva, que ha sido la norma principal de trabajo de la Corporación.

No es el momento adecuado para exponer un programa de actividades futuras, ni es tarea de un solo hombre su formulación. Pero no quisiera dejar de mencionar algunas aspiraciones que se antojan razonables. Una de ellas es el estímulo a las materias básicas, Fisiología, Microbiología, Bioquímica, y Farmacología en particular; otra es el estudio de los planes y métodos de educación médica en todo el país; otra, el fomento de la historia, la filosofía y la ética de la medicina; y otra más, la constante atención a los problemas de la medicina social y a las grandes cuestiones relacionadas con la salud pública. Considero además que la Academia podría tomar la iniciativa como cuerpo colegiado, señalando tareas específicas a sus diversas secciones, dentro de planes de duración variable, que pueden comprender períodos de varios años; de esta manera, tendría mejores frutos la continuidad del esfuerzo de los miembros de la Corporación.

Esta breve enumeración de ideas no pretende exponer todas las posibilidades de acción; y seguramente, podrían surgir otras muchas, con el noble propósito de seguir desarrollando al máximo la potencialidad de la Academia y continuar entregando lo mejor de su esfuerzo al servicio de la Nación.

\*

\* \*

Señor Presidente, señores Académicos: esta casa centenaria abre hoy sus puertas, jubilosa, a una nueva generación que sabrá mantener y aumentar la herencia de las generaciones anteriores; al recibirla hoy cordialmente, rindamos un tributo de reconocimiento a nuestros ilustres antecesores; y hagamos votos porque la Academia siga teniendo por siempre el papel directivo que le corresponde en los destinos de la Medicina Mexicana.

#### REFERENCIAS

1. Chávez Ignacio. *"México en la Cultura Médica"*. El Colegio Nacional, 1947.
2. Fernández del Castillo, Francisco. *"Historia de la Academia Nacional de Medicina"*. México, Editorial Fournier, 1956.
3. Somolinos D'Ardois, Germán. *"Historia de la Fundación de la Academia Nacional de Medicina y su tiempo"*. México. Libro conmemorativo del Primer Centenario. Academia Nacional de Medicina. Tomo II, pág. 593, 1964.